

1. A la luz de la Biblia, el pecado es ruptura con Dios, con el hermano necesitado y con uno mismo. Pecar equivale a romper la alianza, traicionar la caridad y alejarse de la comunión con los hermanos. Para Jesús, peca quien no vive la alianza o las exigencias del reino de Dios. En última instancia, pecado es lo contrario del amor. Es un mal, una relación negativa con Dios (oposición al reino) y con el hermano (corrupción de la persona). El pecado anida en la raíz del comportamiento, en el núcleo central de la persona, en lo que la Biblia llama «corazón».

2. Lucas manifiesta en sus «parábolas de la misericordia» que el pecado tiene una naturaleza religiosa, aparte de una dimensión moral. No es mera falta contra la propia conciencia o contra la ley. Es deuda en relación a las exigencias de Dios, Padre de todos. Es infidelidad o injusticia, rechazo de Dios que es amor, ruptura de solidaridad fraternal y autodestrucción personal. Por eso, el centro de la parábola es Dios. Debiera titularse «parábola del padre misericordioso». También podría llamarse «parábola del hermano endurecido», que se tiene por justo cuando está lleno de envidia, de rencor y de muerte.

3. El pecado del mundo reside en la hostilidad a Dios: mentira en lugar de verdad, homicidio en lugar de vida; tinieblas en lugar de luz. En la sociedad actual se está produciendo un desplazamiento del pecado, más que una pérdida de su sentido, a causa de la evolución de las costumbres, la secularización de la sociedad, la importancia que hoy se da a las estructuras sociales, la difusión de los datos psicológicos, la influencia de los medios de comunicación, que todo lo relativizan, y el descrédito de ciertas prácticas religiosas rituales. Vivimos en una sociedad permisiva. Pero, al mismo tiempo, esta situación contribuye a rechazar un falso concepto de pecado e incluso a redescubrirlo con un nuevo sentido, a partir de una perspectiva personalista y social, bautismal y eclesial. Con frecuencia hemos situado el pecado en una esfera legalista o moral (no religiosa), en un plano individual (no comunitario), en un contexto sexual (no social), bajo una moral de actos negativos (no de actitudes positivas).

REFLEXIÓN CRISTIANA:

¿Nos reconocemos pecadores delante de Dios?

¿Por qué motivos deseamos reconciliarnos?

Casiano Floristán

**SERVICIO DE PASTORAL. ATENCIÓN
ESPIRITUAL Y RELIGIOSA.**

jsanchez@hospitalariasmadrid.org

jjgalan@hospitalariasmadrid.org

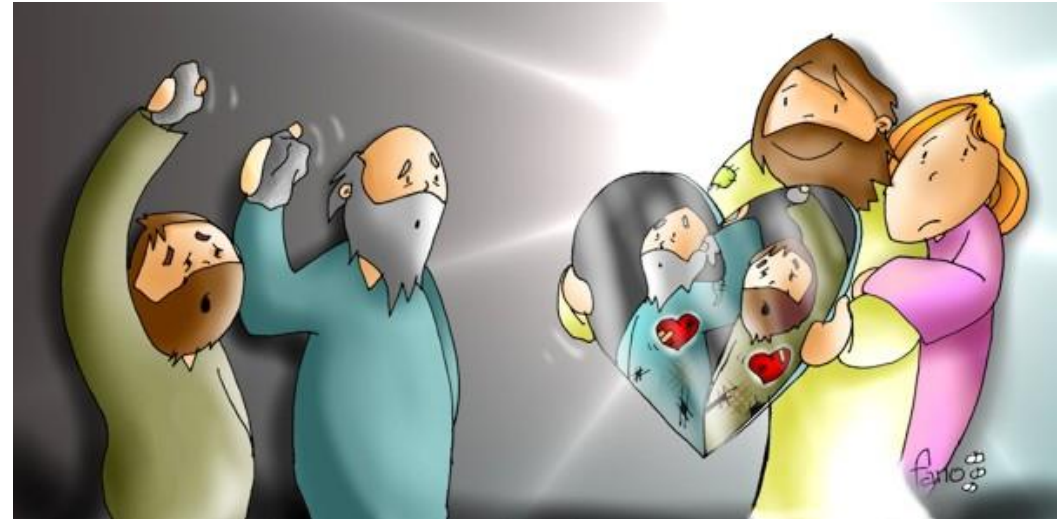
CIEMPOZUELOS (MADRID)



Hermanas
Hospitalarias
COMPLEJO ASISTENCIAL BENITO MENENDEZ

La Buena Noticia de la semana

**13 de MARZO de 2016
V DOMINGO DE CUARESMA**



Lectura de la Palabra de Dios:

Isaías 43, 16-21:

Mirad que realizo algo nuevo y apagaré la sed de mi pueblo

Salmo responsorial: 125:

El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres.

Filipenses 3, 8-14:

Por Cristo lo perdí todo, muriendo su misma muerte

Juan 8, 1-11:

El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra

REVOLUCIÓN IGNORADA

Le presentan a Jesús a una mujer sorprendida en adulterio. Todos conocen su destino: será lapidada hasta la muerte según lo establecido por la ley. Nadie habla del adúltero. Como sucede siempre en una sociedad machista, se condena a la mujer y se disculpa al varón. El desafío a Jesús es frontal: *«La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras. Tú ¿qué dices?»*.

Jesús no soporta aquella hipocresía social alimentada por la prepotencia de los varones. Aquella sentencia a muerte no viene de Dios. Con sencillez y audacia admirables, introduce al mismo tiempo verdad, justicia y compasión en el juicio a la adúltera: *«el que esté sin pecado, que arroje la primera piedra»*.

Los acusadores se retiran avergonzados. Ellos saben que son los más responsables de los adulterios que se cometen en aquella sociedad. Entonces Jesús se dirige a la mujer que acaba de escapar de la ejecución y, con ternura y respeto grande, le dice: *«Tampoco yo te condeno»*. Luego, la anima a que su perdón se convierta en punto de partida de una vida nueva: *«Anda, y en adelante no peques más»*.

Así es Jesús. Por fin ha existido sobre la tierra alguien que no se ha dejado condicionar por ninguna ley ni poder opresivo. Alguien libre y magnánimo que nunca odió ni condenó, nunca devolvió mal por mal. En su defensa y su perdón a esta adúltera hay más verdad y justicia que en nuestras reivindicaciones y condenas resentidas.

Los cristianos no hemos sido capaces todavía de extraer todas las consecuencias que encierra la actuación liberadora de Jesús frente a la opresión de la mujer. Desde una Iglesia dirigida e inspirada mayoritariamente por varones, no acertamos a tomar conciencia de todas las injusticias que sigue padeciendo la mujer en todos los ámbitos de la vida. Algún teólogo hablaba hace unos años de *"la revolución ignorada"* por el cristianismo.

Lo cierto es que, veinte siglos después, en los países de raíces supuestamente cristianas, seguimos viviendo en una sociedad donde con frecuencia la mujer no puede moverse libremente sin temer al varón. *La violación, el maltrato y la humillación no son algo imaginario*. Al contrario, constituyen una de las violencias más arraigadas y que más sufrimiento genera.

¿No ha de tener el sufrimiento de la mujer un eco más vivo y concreto en nuestras celebraciones, y un lugar más importante en nuestra labor de concienciación social? Pero, sobre todo, ¿no hemos de estar más cerca de toda mujer oprimida para denunciar abusos, proporcionar defensa inteligente y protección eficaz?

Cuando no tengas a nadie que te comprenda, cuando la gente te condene, cuando te sientas perdido o perdida y no sepas a quien acudir, tienes que saber que Dios te quiere, te comprende y nunca te condena. Dios es así.

sabemos daría un rumbo nuevo, más creativo y fecundo a nuestra existencia.

José Antonio Pagola



"Sea... vuestra sed, vuestro deseo, vuestro anhelo, el imitar al glorioso Padre y Patriarca San Juan de Dios, que no miraba sino cómo sacrificarse para aliviar a los pobres por amor de Jesucristo..."

San Benito Menni. (c.346)

A ti, Dios Padre dirigimos esta nuestra oración en el día que recordamos la figura de San Juan de Dios.

Es, siempre para nosotros, un motivo de reflexión, ofrenda, profundización y estímulo en nuestra propia vocación.

Tú, mejor que nadie, Señor sabes por dónde andan, en estos momentos, nuestras mayores preocupaciones y sueños. Quizás unos estarán más acertados que otros. Ten misericordia y perdona nuestros errores.

Queremos que, de la mano de San Juan de Dios, nos concedas el Don del Discernimiento, para saber qué pasos son los que, verdaderamente, nos llevan más de cerca a lo que Tú quieres que sea nuestra Misión en el mundo.

Que este año 2016 seamos capaces de ahondar, discernir, ser críticos con nosotros mismos y lo que hacemos, y optar, para ser instrumentos y testigos de tu presencia en el mundo desde nuestras realidades de Hospitalidad.

Todo ello, te lo pedimos a ti que eres Salud, Esperanza y Consuelo de tantos. **Amén**

